

# *Otras voces*

---

Humberto Jarrín\*

## Sexoanimalizado Gallo, promiscuidad y profilaxis

Un Gallo llegó a la consideración moral de que la promiscuidad sexual en la que hasta ahora había vivido resultaba perniciosa para su vida espiritual.

¿Que cómo y por qué llegó a esta decisiva reflexión?

Cierto día, sin que hubiera aún entonado el primero de sus cantos, de manera sorpresiva, sin que pudiera evitarlo, unas Comadreas evangelizadoras o algo así lo habían cogido cortito, asaltado prácticamente, asediándolo en la propia puerta de su casa, con los ojos aún adormilados, le vaciaron una catarata de oraciones y leyéndole en menos de un suspiro pasajes piadosos, citas devotas, misterios trascendentales y, por supuesto, los diez mandamientos, entre otras cosas, le preguntaron:

—¿Y cuál de estas advertencias —le inquirió la Comadreja, mirándolo con un ojo y con aguda persistencia—, cuál de ellas deja usted de cumplir?

—Bu, bu, bueno..., quizá aquellas de no fornicar y no desear la mujer del prójimo.

—Ah...

Y se desataron a dos lenguas en una retahíla de sermones, observancias, señalamientos y sobrecogedoras consecuencias que lo conducirían, de no reconsiderarlas, según sus tenaces profecías, a un fin pavoroso, ¡a la muerte!

—Pero es que yo no puedo dejar de ser lo que soy, éste es mi trabajo, no puedo hacer lo que me piden. ¡No, no lo haré! —dijo el Gallo, resistiéndose y negándose a llevar una vida recatada y monógama.

—Pues usted verá si prefiere vivir en una avícola o en el Averno, pues eso es lo que le espera: el Infierno, donde pasan los tipos como usted, rostizándose por el resto de la eternidad.

---

\* Es una de las voces más importantes de la literatura vallecaucana contemporánea. Su trabajo creativo aborda varios géneros: teatro, cuento, poesía y ensayo. Ha escrito y publicado cerca de una docena de libros, con los que ha ganado varios premios literarios nacionales e internacionales, entre los que se destacan los Premios Jorge Isaacs de Autores Vallecaucanos, y el más importante de la literatura colombiana, el Premio Nacional de Literatura del Ministerio de Cultura. Es graduado en Filosofía y Letras y Magíster en Literatura Latinoamericana y Colombiana de la Universidad del Valle. Está vinculado como Profesor Tiempo Completo a la Universidad Autónoma de Occidente.

—¿Sí? ¿Eso me puede pasar? —preguntó preocupado el Gallo, dándole lugar a la duda, y a las Comadreas, que entraron a terminar su trabajo con la víctima de turno.

El Gallo, ya devoto, ya pío, no volvió a decir ni pío, así que desde ese mismo día, converso y fiel a los nuevos preceptos, no hizo más que dedicarse a una sola y exclusiva Gallina. Su mujer también quedó contenta y hasta se comprometió en colaborarle no haciéndole en la intimidad mayores exigencias matrimoniales al tipo de vida moderada que había optado su esposo. Las Cacatúas, las Loras y demás surtido de aves vecinas que lo tenían por un licencioso de siete suelas despreciable decían que ya era hora, y envidiaban a la esposa por tener un marido renovado y, sobre todo, fiel. El resto de los Gallos ni se pronunciaron, quizá porque en el fondo ese desvarío de su compañero los beneficiaba... y en tanto no les viniera con el mismo cuento a ellos. Sólo los Gallinazos dieron rienda suelta a sus picos carroñosos y abrieron las negras alas de sus ácidas burlas. Las Comadreas, felicitándose así mismas, abrazándose emocionadas, se decían: “Lo hemos salvado, ¡bendito sea el Señor!”

El dueño de la granja avícola, en cuya alma de negociante no aparecían ya tales preceptos, pensando que el súbito desgano del otrora ardoroso plumífero se debía a una rara enfermedad que lo había dejado impotente, lo mandó a llamar y siendo sordo a las santas razones del creyente, ante la mirada exorbitada y expectante de sus plumíferos compadres, le hizo decapitar enseguida, no fuera a ser que la nada rentable dolencia pudiera extenderse al resto de los Gallos.

## Ratona, matrimonio y enamorado

—¿Sabe una cosa? —le confesó la Ratona a su interlocutor de turno, mirándolo seductoramente a los ojos—; sé que apenas acabo de conocerlo, pero no me resisto a declararle que estoy enamorada de usted.

—¿Es lo que se llama un amor a primera vista? —preguntó el galán con juguetona vanidad.

—No sé si así se llame, en verdad nunca he estado interesada en los nombres de esto o aquello, respondo por lo que siento.

—¿Sí?

—Sí. Y podríamos casarnos, y tener una cuevita que tú te cuidarás de mantener, y tendríamos muchos pero muchos hijos, aprovechando mi ardorosa y prolífica naturaleza, y...

—Este... Bueno... No niego que lo encuentro muy halagador y sugerente, que hasta me gustaría, pero sucede que somos diferentes.

—¿Cómo diferentes? ¿Acaso tiene usted una cierta debilidad, no es usted, en el amplio y completo sentido de la palabra, un Ratón?

—No.

—¿No?!

—No. Soy un Murciélago.

—Vaya, disculpe usted, señor. Y adiós.

—No hay cuidado. Que le vaya bien. Y en verdad siento no haber clasificado.

En tanto la Ratona, visiblemente desilusionada se aleja, el asediado casadero se queda cantando muy contento, pues una vez más, con esa vieja estratagema de hacerse pasar por un Murciélago, ha logrado conjurar con éxito el recurrido y acechante fantasma del matrimonio.

## La gallinita virgen

Aquella Gallinita había llegado a la edad madura y no había hecho jamás nunca el amor. (¿Quién había sido el miserable que le había metido el cuento de que hacer el amor era un pecado?).

Mas un día la Gallinita, llena de ánimos y deseos, decidió probar. Se acercaba con sus cariñosas intenciones a los jóvenes Pollos pero éstos andaban ocupados con las Pollitas –tan tiernas ellas, coquetas y ricas– y no sólo no reparaban en ella sino que además le hacían bromas y se burlaban de sus ansias. En más de una ocasión los desalmados la ilusionaron con una cita detrás del gallinero, y nada. Escondidos en las ramas o encima del corral, no cesaban en sus chanzas, en sus risitas, en poses obscenas que caricaturizaban los deseos insatisfechos de la Gallinita.

Entonces buscó a los Gallos, pero las demás Gallinas ahí mismo le salieron al quite. No estaban dispuestas a dejarse arrebatar a su maridos ni a sus amantes por una mosquita muerta, por una solapada, por una morronga, por una p...; por supuesto soltaban la palabrota con tal sonoridad, dureza y saña que ¿quién iba a atreverse a mirarlos siquiera?

Y, si bien los Gallos no se hacían los de la oreja sorda ni los del ala mocha, lo cierto es que tampoco realizaban mucho esfuerzo. Atareados como se encontraban con tantas Gallinas vigorosas, sensuales, libidinosas, lascivas..., ¿por qué dedicarse a una Gallina cansada, al borde de la vejez y de paso inexperta, totalmente neófita en las artes amatorias? Tal vez en una emergencia...

A todas éstas, la Gallinita, por último, desistió de hacer el amor. No creyó nunca que para ello enfrentara tanto problema. Abdicó, pues, de sus pretensiones carnales. ¿Al fin y al cabo toda su vida no había transcurrido en la más completa abstinencia?

Reconsiderando sus deseos, reprimiéndolos y aprovechando esta condición virginal que alcanzó a sublimar como beata virtud, se dedicó mejor a la vida contemplativa, al ejercicio meditativo, al místico servicio de lo divino.

Y jamás nunca hizo el amor.

Pero jamás nunca tampoco pudo deshacerse ya de la fama de Gallina fácil, de mosquita muerta, de solapada, de morronga, de... de eso, que había adquirido y que las demás Gallinas se encargaban de picotearse con saña en su propia cara y de repetírselo a las nuevas camadas de Pollitas para que cuidaran a sus maridos y sus amantes de sus garras y aprendieran de paso a no ser como ella.

## El cerdo voluptuoso

Su filosofía de la existencia, de corte, digamos, epicureísta, era muy simple y la resumía en estos descuidados versos de su propio cuño:

*Vivamos hoy felices  
porque mañana la vida  
estará en manos del matarife.*

Fiel a esta norma vital, el Cerdo adecuaba su conducta. Se acostaba, comía y bebía como lo que era, y un poco más.

Su licenciosa vida lo llevaba por los lugares más escabrosos en los que todos los placeres de este mundo se experimentaban juntos y revueltos con desaforada intensidad.

Pero no sólo por fuera nuestro Cerdo vivía de tal manera. No. Allí mismo, en su propia porqueriza, hacía las fiestas más bulliciosas y estrafalarias de las que se tenga noticia. Bacanales memorables, fiestas mortales que transcurren entre cantos, risas, desbaratados bullicios, atrevidas conversaciones y entreverados roces de bocas y manos y...

¡La carne abandonada sin remedio a los más inspirados deleites!

Las Comadreas (¿se acuerdan?), las mismas que hicieron cambiar al Gallo, le gritaban inquisidoras:

—¡Inmoral!...  
Y al otro día:  
—¡Hedonista!...  
Y al siguiente:  
—¡Epicureísta!...  
Y después:  
—¡Cerdo!

A todo esto el Cerdo no hacía más que sacarles la lengua y para aumentar al doble su alegría fastidiando a sus contradictores, seguramente embotado aún en los alcoholes trasnochados de su ebriedad, les mostraba el trasero meneando su ensortijada cola, lo que las madrugadoras Comadreas intentaban contrarrestar con rapidísimas persignaciones y una sarta de oraciones que sólo entre ellas entendían.

Cuando el día de quedar en manos del matarife estuvo cerca, el Cerdo súbitamente aplacó sus andanzas, se despidió de sus amigos y se encerró en su porqueriza. A las Comadreas se les humedecieron los ojos de la emoción de sólo pensar en que el animal más puerco que habían conocido por fin había recapacitado y, arrepintiéndose de todos sus pecados mundanales, hacía una solitaria y dolorosa expurgación de los mismos, dedicado en adelante a una vida ascética con oraciones, ayunos y contriciones.

¡Qué desilusión!

El Cerdo se había encerrado, sí, pero a escribir sus fantásticas, divertidas, pletóricas, envidiables -así las calificó- *Memorias*, como lo hace cualquier personaje que se respete, sin más compañía que un ejemplar del manual *Cómo disfrutar al máximo la vida*.

Obviamente, su mimada y veraz obra comenzaba con los descuidados versos de su propio cuyo, que él, vividor empedernido, había elevado a la categoría de máxima:

*Vivamos hoy felices  
porque mañana la vida  
estará en manos del matarife.*

Acompañaba también al texto de su obra un apéndice muy corto pero sustanciosamente reflexivo en el que intentaba convencer al lector de que la existencia, sin la sal de la vida que son el placer y los días al albur, no valía la pena, y que no sólo debía ser bien vivida, sino también contada -para provocar en algunos la envidia, en otros el empujoncito y el ejemplo necesarios para largarse a practicarla-, razón por la cual aconsejaba, a quienes así lo habían hecho, dedicar un último tiempo para recuperarla por escrito, pues al reproducirla en el papel tendrían una doble dicha: primero, la de revivir los más hermosos, alegres y placenteros instantes y, segundo, la de contribuir a la felicidad de quienes vendrían a este mundo, el mejor de todos, pero duro y triste si cada quien y cada uno no ponía un poco de su parte.

¡Inconcebible! Las Comadreas actuaron de inmediato para que el matarife adelantara su visita al Cerdo, pero éste ya había dado fin a sus *Memorias*, y no sólo eso, ya había repartido algunas copias entre sus más allegados admiradores -que los tenía- y discípulos -que toda obra siempre procura-, y antes de sentir el arma mortal en sus voluptuosas carnes el Cerdo alcanzó a gritar a sus amigos:

-¡Practicadlas, publicadlas en mi honor y repartid ejemplares entre todos!

## Las falditas del avestruz

Había una Avestruz que sin el menor pudor ni recato decidió un día mostrarle a todo el mundo cuán largas y bellas eran sus piernas, adornadas por una recogida y redondita falda cuya función, según apreciaban los demás, resultaba bastante ambigua: no se sabía si en verdad cubría o mostraba.

Era motivo de alboroto y entusiasmo entre los machos, motivo de críticas y reprobación entre las de su mismo sexo, aunque, en el fondo, sobre todo las jóvenes, admiraran en secreto su novedosa osadía, su valeroso proceder.

A todas estas murmuraciones la Avestruz como si ni se enterara. Ella era ella, y en consecuencia se pondría lo que le gustara, mostraría lo que quisiera. Por ello, entre coqueta, convencida de lo suyo y autosuficiente, forradita en su minifaldita, con ese pasito perfectamente medido y premeditado como el de una bailarina, salía por el pueblo a dar sus acostumbrados paseos.

Hasta el viento era cómplice y le encantaba aquel vestir desenfadado, así que para hacer más excitante su caminar por los parques se enredaba juguetón entre las esbeltas piernas torneadas, levantándole otro tris la falda.

No había duda, era la reina por donde pasaba, reina no sólo por la corte de admiradores, ¡y de detractores!, sino además por ser la única.

El tiempo pasa, unas veces con paso de Liebre, otras con velocidad de Tortuga, pero pasa, y un día, en esas revisiones de rigor que la Avestruz daba a sus piernas —no sólo para satisfacer su ego sino también para estar segura—, ¡oh, oh!, ¡no puede ser!, descubre los primeros brotes de celulitis y los primeros vasos llenos, inflamados, con que se avecina, a galope, la vena várice.

Nada que no sea normal, natural, es cierto, sólo que a la Avestruz le ha pasado el tiempo en que la belleza le brota sola, espontánea, y le ha llegado el tiempo en que la belleza requiere trabajo, sacrificio.

Decide, pues, no volver a salir y someterse a un tratamiento riguroso e intensivo de cremas, masajes y ejercicios, que le toma meses.

No es sólo un tiempo de recuperación física, lo es también de reflexión. Sabe lo que ha hecho, sabe lo que su acto ha representado para todas las de su sexo, aunque no lo quieran o les cueste reconocerlo.



También se ha dado cuenta de que eso que empezó como un desplante, como una provocación juvenil, como una moda, se ha convertido para ella en una lucha, lucha que debía retomar, así que apenas los tratamientos dieron algo de resultado salió a cumplir su misión... Pero... ya no era necesario.

La revolución ya estaba hecha.

Con tristeza y algo de envidia vio, apenas logró la calle, que otra Avestruz, con unas piernas tan bellas y quizá más que las suyas, llevaba la minúscula y redondita falda, y más allá otra y otra y otra y otra más... ¡Todas! Y ya no importaba qué tan bellas, largas y torneadas tuvieran sus piernas, no hubo reglas, no hubo norma que impidiera que cada quien mostrara lo que tenía para lucir.

Sí, sintió tristeza porque ya no era la Reina, y envidia porque sus recuperadas piernas con tesón eran unas más entre aquel bosque de piernas frescas y nuevas que había para mirar y admirar. Pero a la par sintió también orgullo, satisfacción, porque después de todo aquellas Avestruces obtusas que habían sido las primeras en criticarla, amarradas a la más conservadora tradición de llevar unas faldas largas hasta los tobillos, seguían ahora su ejemplo, liberándose y liberando a sus descendientes de aquella antigua y puritana costumbre que les impedía (¡no faltaba más!) mostrar sus piernas tal y como la Naturaleza en su amorosa y estética bondad se las había esculpido.

## Murciélago, claroscuros y mariposa

Éranse una vez un Murciélago y una Mariposa.

Al filo del alba él se retiraba a dormir; ella, en cambio, apenas se levantaba a recorrer la vida. Ella al filo del crepúsculo se retiraba a dormir; él, en cambio, apenas se levantaba a recorrer la vida.

Fue en uno de esos breves instantes del mundo en los que no se sabe si es de día o de noche, noche o día, una especie de corriente turbia en el agua del tiempo, cuando el Murciélago y la Mariposa se vieron, o creyeron verse, pues en ambos, mientras iban a sus propios asuntos y ocupaciones, cada uno fue una súbita aparición en los ojos del otro, casi fantasmagórica.

Debieron ocurrir otros fugaces encuentros en los que quizá alcanzaron a rozarse las alas a contrapelo –a esa hora unas fatigadas, las otras frescas y vitales a ganarse apenas la sobrevivencia al vuelo–, para estar seguros de la presencia en sus vidas del otro.

Y como era de esperarse (bueno, es un decir, porque en verdad ni ellos mismos ni nadie lo esperaban), se enamoraron.

Así sus vidas no tenían otro objetivo que estar encaminadas a esperar aquellos dos instantes, de inauguración y clausura de la luz, para verse; y el poco tiempo que duraban sus encuentros lo aprovechaban para internarse en el bosque y planear en el aire...

Ella le hablaba de las flores, de los colores festivos, de ciertos aromas que embriagaban de dicha en la plenitud del día, de la multitud de seres y de tareas que incendian de cantos y de sonidos el mundo bajo el cielo iluminado, del sol que en lo más alto describe un arco cálido, de la alegría...

Él hablaba de la quietud en la copa de los árboles, de las densas profundidades de las nieblas nocturnas, de los fatigados olores hundidos en los pantanos, del azulado silencio cerrado en los sueños de los otros, de la quietud del mundo bajo la bóveda ennegrecida, tachonada a veces de Luciérnagas, de la soledad rota en ocasiones por algún pasajero furtivo entre las sombras, del frío arco errante de la luna, llenándose y vaciándose de fosforescencias, de la nostalgia...

Parecía como si sus vidas transcurrieran en lugares distintos aunque en realidad hablaban del mismo sitio, sólo que en los antípodas del tiempo.

- Yo estoy en la estación de la oscuridad y del silencio.
- Yo en medio de la luz y los sonoros estallidos.
- No existe nadie más lejos del crepúsculo que tú.
- Y tú de la aurora eres el más distante.
- Pero, así y todo, te amo.
- Pero, así y todo, también te amo.

Los demás, situados de ambos lados de la orilla de la luz, se burlaban de este amor de encuentros fugaces, de este idilio de claroscuros afanes, de este romance gris...

–¡Cómo está este mundo, ¿no?! Una bella enamorándose de un monstruoso chupasangre, ¡qué horror!

–¡Cómo está este mundo, sí! Un tipo serio y profundo detrás de las livianas alas de alguien tan insignificante y vaporoso, ¡qué horror!

–Este mundo está más confuso cada vez; algo va a pasar uno de estos días.

Y pasó. Del amor entre la Mariposa y el Murciélago nació un hijo. Algunos dicen que no, que ni siquiera existe, que es mentira, que es apenas la prolongación de los comentarios y chismes que un romance así de paradójico y absurdo despertó, hasta el punto de verse convertido, como suele ocurrir, por su paso por las lenguas y el tiempo, en leyenda, pues ¿cómo es posible que haya un ser que viva apenas en dos lapsos pasajeros?

En todo caso, los que creen en la existencia de ese fruto de amor contradictorio, antipódico, aseguran haberlo visto, en esos breves instantes del mundo en los que no se sabe si es de día o de noche, noche o día, una especie de corriente turbia en el agua del tiempo, y dicen que es bellamente horrible u horriblemente bello, todo depende de a qué lado de la orilla de la luz se lo haya visto.

*Tomados del libro Todo el mundo tiene su fábula de Humberto Jarrín B., Premio Nacional de Literatura Ministerio de Cultura.*

## Catarsis del Minotauro

Pero si se lo dije, vecina, ni como amenaza ni como advertencia: sólo para que se informara de una verdad que se supone conoce todo el mundo, así que qué secreto o cosa escondida podía tener, nada que no fuera vox populi. Ah, y pa'que vea, antes de que de las malas lenguas –con tanto oráculo como han puesto en servicio últimamente–, le llegaran con el chisme. Si no me escuchó, allá él; pero que se lo dije, se lo dije: que igual que el estómago, tenía el corazón con cuatro cavidades, cada una para amores distintos, y él nunca lo aceptó. Y usted misma lo vio, fue testiga, vecina, de cuando ciego y puyado por los celos y presa de la ira salió, fíjese no más cómo casi se la lleva por delante con esa testuz adornada cuando entraba usted por esta misma puerta de este mismo redil del que partió, todo fúrico y bramando, y se abrió paso a campo traviesa a rumiar sus maldiciones. ¡Y véalo!, no, pues, muy bonito, aprovechó la rabieta que ni mandada a hacer para largarse, el muy muérgano.

Fue entonces cuando empezaron a llegarme los primeros correveidile: dizque por ahí lo han visto en corridas de plaza en plaza, embistiendo lance en ristre contra cuanto trapo carmín se le aparezca y se le parezca a la sangre que entre los ojos rabiosos lleva, azuzado por los coros de los oportunistas de siempre que sólo les gusta ver los toros desde las barreras, tan cómodos.

Pero los más intrigantes se empeñan en difundir en corrillos y en cualquier plaza pública (como el tal Teseo ése) que mi ex, haciéndose pasar por un rumiante ermitaño se ha aman-gualado con un déspota cretino o cretense –¡ay, vecina!, con tanto chismorreó una ya ni sabe ni qué creer ni qué decir–, como que para ayudarlo a cobrar algunos tributos que le deben, y que el tal rey, cómo le parece, dizque hasta oficina y todo le ha mandado a hacer: un ostentoso laberinto donde recibe jovencitas semidesnudas, el muy, ¡uy, no!, es que se me cuaja la leche y se me retuerce el cuajo con sólo imaginármelo, pero deje no más que cuando me lo encuentre... ¡Ay, vecina, es que cuando los machos se van envejeciendo o son puyados en su ego hasta degenerados se vuelven, no fue sino decirle lo que le dije y mírelo en qué está, viejo verde!

Pero como le venía diciendo, vecina, al muy descarado dizque de cuando en cuando le da por los desenfrenos más escandalosos, si ahora mismo está, me dicen, en una de esas vagabunderías, recibiendo en su antro complicado, carne joven, ¡de a siete!, ¡y de muchachas y muchachos indistintamente! ¡Tan promiscuo, el muy...! Bah, pero yo sé que lo está haciendo sólo para irritarme, para provocarme envidia y para que más tardecito las lenguas viperinas, que nunca faltan, serpentinosas, como ésas que carga en su cabeza la Medusa odiosa, vengan a contármelo. Pues yo no sé, y ojalá esto que le digo, vecina, también llegue a los oídos de él, y no es que yo quiera ahora venir a picármelas de pitonisa o cosa parecida, pero con esa

manera de comportarse no sacará nada bueno; ya va a ver que uno de estos días uno de esos mismos jóvenes con los que se rejunta terminará por confundirlo en su propio laberinto de aberraciones, lo enfrentará y lo matará, ¡y al cuerno!, ¡a otra Ariadna con ese hilo de sangre por el que se le irá la vida y esa rabia ya infectada! Ay, vecina, ¡con tantas maldades y enfermedades de transmisión como hay hoy en el mundo sueltas!, ¡nían se sabe!, porque lo que sí sé es que lo que hace —¿con esas valentonadas y arrecheras que se gastaba él?, ¡ay, miya!—, lo hace azuzado por el despecho y por ese afán de desquite y de enconada venganza y nada más, ay vecina, ay vecina...

Elizabeth Soto Ramírez \*

## Regalo de cumpleaños\*\*

Querido hijo:

Hoy cumples 18 años de vida y para nuestra sociedad ya eres un hombre, pero para mí aún eres mi bebé. Te preguntarás el motivo de esta carta; pues bien, te lo diré: Buscando el regalo para este día tan especial y significativo, encontré que tienes todas las cosas materiales que un joven a tu edad puede tener, por eso quiero darte algo que lo puedas usar todos los días, que lo lleves en tu corazón siempre y que sea de gran utilidad en esta nueva etapa que hoy empieza y qué mejor que un testimonio de fe en Dios, fortaleza y AMOR que experimentó mi mejor amiga hace unos cuantos años.

Hijo: La mayoría de las personas planeamos nuestras vidas, proyectamos nuestros sueños y deseos para hacerlos realidad a corto, mediano o largo plazo. Con el paso del tiempo los vamos haciendo realidad: es por eso que, llegado el momento, nos encontramos realizados en nuestros trabajos o profesiones; con familia, hijos y un círculo de amigos con los cuales compartimos épocas muy significativas y también nos retroalimentamos mutuamente y afianzamos los lazos de amistad.

Mi amiga comenzó como todos: Soñando y cumpliendo sus sueños; pero un buen día, un suceso inesperado y no bienvenido llegó a su vida: el cáncer de seno. La enfermedad y la muerte no estaban en sus planes. Fue un golpe muy duro para ella porque se supone que llevar una vida aparentemente sana nos garantiza una óptima salud pero no siempre es así.

Después de muchos días de sufrimiento, llanto, reproches, angustia, desesperación y profundo dolor resolvió entregarse con humildad y profunda fe en manos de Dios. ¡Hijo, escúchame!: sea cual sea tu credo o religión recuerda que Dios es el único que nos da esa fuerza y esperanza para afrontar todas las adversidades que se nos presentan en el camino, por difíciles que parezcan. ¡Me comprendes!

De esta manera, ella entendió que el cáncer, o cualquier otra enfermedad, no es una maldición sino una bendición. Cayó en la cuenta que no era suficiente con cuidar el cuerpo físico sino que era aún más importante cuidar el ser interior es decir, el espíritu. Advirtió que la

---

\* Estudió Administración Hotelera a nivel tecnológico y tres semestres de Psicología. Secretaria de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Autónoma de Occidente. Ha participado como invitada especial (declamadora) en 7 FESTIVALES DE POESÍA del Colegio BERCHMANS, Colegio IDEAS, Universidad Cooperativa, Encuentro de Poesía - Confamdi, Palabras Autónomas /07 y en todo lugar donde la poesía sea la invitada de honor.

\*\* Carta ganadora del segundo puesto en Palabras Autónomas 07, organizado por el Instituto de Idiomas de la Universidad Autónoma de Occidente.

enfermedad lo que hace es mostrarnos lo equivocados que hemos vivido, guardando resentimientos, odios, envidias, frustraciones, manipulando sentimientos y seres queridos, chantajeando emocionalmente y, sobre todo, reprimiendo la capacidad de dar y de expresar amor.

Al percibir esto y aceptar su error, empezó su sanación verdadera, porque la medicina, la quimioterapia y la radioterapia son fundamentales pero no son suficientes. Hijo mío: Lo realmente valioso es buscar su causa espiritual y emocional. Siempre que te duela algo o sientas un “mal estar”, analiza cómo estás llevando tu vida, cómo están los sentimientos, la forma de liberar tu agresividad, la capacidad de dar y demostrar amor y verás que esa voz interior te guiará para que des el primer paso hacia tu curación ¿Me comprendes? Yo sé que sí, amor. Tenlo presente y no lo olvides.

Para ella no fue fácil, cambiar actitudes de un día para otro, se requiere mucha disposición, constancia y fuerza de voluntad para mejorar, para amar libremente, sin absorber, sin exigir y sin esclavizar. Deseaba con todas sus fuerzas dejarle la puerta abierta al corazón para liberar su capacidad de amar y de entregar. Ante esta dificultad, Dios le puso ayudantes, que no fueron más que su familia, sus amigos, sus vecinos y todas las personas que de alguna u otra forma tuvieron contacto con ella, porque con un gesto, una palabra, una mano extendida, un hombro acogedor o simplemente con su silencio, le brindaron fuerzas para continuar, para no desfallecer y le dieron la posibilidad de dejar con sus lágrimas parte del problema. La ayuda de estos angelitos ha dejado huellas imborrables en su corazón.

Hoy día, se siente afortunada porque la vida le ha dado otra oportunidad de corregir sus errores y de amar, de aprender la lección y enseñarla a todas las personas que están a su alrededor. Le da gracias a Dios por haber estado enferma y por darle la posibilidad de comprender por qué y para qué estuvo así. Aprendió que la vida es la mejor razón para vivir.

En estos momentos debes estar preguntándote cuál de todas mis mejores amigas es la protagonista de esta historia. No sigas haciendo más conjeturas; te lo diré: Es una mujer fuerte y débil a la vez, extremadamente sensible, con un corazón inmenso que ha aprendido a dejarlo hablar porque la vida le enseñó que en muchas ocasiones él tiene mejores razones que la propia razón porque sabe que no somos perfectos y perdona. Una mujer apasionada, romántica, bohemia que vive cada instante y disfruta detalle. Y lo más importante: muy afortunada, por tener el privilegio de ser la madre de un joven maravilloso, inteligente, apasionado, sencillo, amoroso, espontáneo y profundamente humano que, estoy segura, tendrá siempre presente esta historia para jamás equivocarse en su manera de amar. Esa mujer apasionada y loca que te ama con todas las fuerzas de su ser ¡soy yo!

¡Feliz Cumpleaños, Amor!

Elizabeth Soto Ramírez

Fredy Eduardo Vásquez Rizo \*

---

## Avatares de la existencia humana

### Hombres

En una oscura habitación se encontraban hablando al mismo tiempo, casi sin poderse escuchar, Carolina, María, Sandra y Juliana. Cada una de ellas exponía su punto de vista, de acuerdo con lo vivido, respecto a los hombres. Coincidían en casi todos los aspectos, especialmente en lo mal que estos seres les habían pagado e intentaban responderse la pregunta sobre quién había sido el gracioso que las había colocado a ellas en este mundo, junto a esos desalmados.

La habitación permanecía ensombrecida, bastante sucia, fría, aislada del resto de la vivienda a la cual pertenecía. Tenía solo una ventana por donde estas mujeres daban un vistazo de vez en cuando a la calle. Las paredes, la puerta, el piso y el techo estaban pintados de color blanco hueso; estaba prácticamente desierta, con excepción de una cama desarreglada y una almohada rota que se encontraba tirada a un costado. Lejos de la pieza se escuchaba un gran silencio pero de vez en cuando se le escapaba a la soledad algo de ruido. En toda la estrecha habitación de escasos 6x5 metros se sentía un ambiente pesado y quien no la conociera estaría un poco extrañado de tan solo pensar cómo estas cuatro mujeres podían habitar en un espacio tan reducido.

Estas representantes del sexo femenino hacían oídos sordos del mundo exterior, nada les importaba y nada les inmutaba, excepto el tema al cual, después de muchos años, ninguna explicación parecían encontrar: los hombres.

Todas hablaban al unísono y decían disparates cada una por su lado, hasta que por fin se quedaron en silencio y Carolina tomó la palabra:

—Los hombres, sin excepción alguna, son unos malditos. Ellos se burlan de nosotras, nos mienten, nos engañan, nos maltratan, abusan de nuestra confianza y sólo nos buscan para acostarse en nuestras camas. Yo tuve un hombre al cual quería mucho, lo adoraba, todo era perfecto, pero con el pasar de los años me fui volviendo vieja y poco interesante para él y para los demás hombres, lo que me impidió volver a mi antiguo oficio, cuando

---

\* Comunicador Social Periodista de la Universidad Autónoma de Occidente, Colombia. Candidato a Magister en Ciencias de la Información y Administración del Conocimiento del Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey - ITESM, México. Coordinador del Sistema de Información de la Vicerrectoría Académica de la Universidad Autónoma de Occidente. Integrante del Grupo de Investigación en Gestión del Conocimiento y Sociedad de la Información. Integrante del Grupo de Investigación en Educación.



apenas era una cándida muchacha. Este hombre un día me dejó y me cambió por otra a la cual yo le doblaba la edad. Hoy por hoy pienso y afirmo: allá ella que se encartó con ese desgraciado que me sumió en el ocaso de mi triste vida.

Terminado su discurso, Carolina reflejó en su rostro una leve sonrisa que con el pasar de los segundos se fue desvaneciendo y quedó en silencio al igual que toda la habitación y sus compañeras de cuarto.

Pasaron unos cuantos minutos y otra mujer, en este caso Juliana, comenzó a hablar:

—Yo no tengo tu edad, Carolina; soy algo más joven, pero tengo la suficiente madurez y conocimiento para referirme a esos despreciables seres llamados genéricamente hombres. Estuve casada, luego de haber vivido bastante, hace mucho tiempo. Conocí a un señor adinerado que me sacó de la vida callejera prometiéndome hasta el cielo. Todo era bello por esos días, cuando apenas comenzaban, y él me llenaba de besos y caricias y me decía palabras dulces tratándome con ternura, pero con el tiempo empezó a beber con sus amigos, llegaba tarde a la casa, sólo quería sexo y me golpeaba de una manera salvaje, hasta estuve hospitalizada varias veces por los maltratos que me propinaba ese... hombre.

De inmediato las lágrimas salieron de los ojos de Juliana, mientras se sobaba una pierna donde tenía un morado, tal vez ejemplificando lo anteriormente relatado. La habitación volvió a quedar en silencio y sólo se oían a lo lejos quejidos, puertas que se azotaban y gotas de lluvia que caían cerca de la ventana.

María tomó la palabra al tiempo que se peinaba el cabello con un cepillo que había sacado de debajo de la cama y se levantaba caminando descalza por el frío piso de la pieza. Cuando estuvo totalmente peinada dijo:

—Yo apenas tengo 17 años, mi vida al lado de los hombres ha estado llena de falsedades y engaños. Ellos siempre me han utilizado para estar conmigo una noche y dan todo por finiquitado. Juegan con mi cuerpo y cuando no los dejo lo hacen con mis labios. Ninguno de estos seres me ha amado y ni siquiera me ha tomado en cuenta indagando qué me pasa por la cabeza y mucho menos qué sentimientos encierro dentro de mi corazón. Les cobro por cada gota de sudor que derraman sobre mi cuerpo, mientras espero que aparezca ese caballero que me saque del anonimato callejero y me dé verdadero calor entre sus brazos. Digo todo esto pero sé que con el tiempo lo único que conseguiré es cobrar un poco más y seguir siendo un juguete sexual de esas malolientes criaturas conocidas como hombres.

La habitación seguía cada instante más fría por la lluvia que caía, al igual que las palabras y las almas de estas mujeres abatidas por la misma desgracia: los hombres.

Sólo faltaba una de ellas por hablar, la menor del grupo, Sandra. Una chiquilla de tan sólo seis años, quien escuchaba atenta cada una de las palabras que salían de los labios de sus compañeras de presidio. Estuvo pensando cada palabra que iba a dejar escapar para no irse a equivocar. Sacó de debajo del colchón una muñeca de trapo harapienta, con la cara pintada de labial y con unas trenzas sucias que permitían notar que alguna vez fueron de color dorado. La apretó de una manera dulce y comenzó a hablar en una forma tierna pero escondiendo algo de rencor y rabia:

—Yo apenas estoy empezando a vivir pero puedo hablarles perfectamente de los hombres. He conocido apenas un ser de esta especie en toda mi vida, el cual no me deja salir a jugar con las otras niñas ni mucho menos asomarme por la ventana para ver la otra cara del día. Este hombre es mi padre. Es muy cariñoso, tanto que me toca todo el cuerpo y juega desnudo— al igual que yo conmigo en mi cama. Me da besos por todo lado, hasta en las partes que tapo con mi ropa interior, mientras dice que me ama, a la vez que con sus manos recorre mis piernas y voltea los ojos de una manera que todavía no he podido aprender. Siempre busca los sitios más alejados de la presencia de mi madre para mostrarme su cariño y me dice que no le cuente a nadie o de lo contrario me dejará de querer y me dará una pela que me sacará sangre y me dolerá tanto como el primer día que jugamos.

La habitación volvió a quedar en silencio, esta vez por un largo rato. De un momento a otro las cuatro mujeres empezaron a derramar lágrimas de dolor y de fastidio para con el sexo opuesto. Todas se arañaban la cara de la ira y gritaban buscando salida del lugar, al tiempo que se golpeaban con las paredes del estrecho sitio. Cada una de ellas deseaba volver a esa etapa de su vida donde no fueron fuertes y se desvanecieron ante cada capricho de los hombres. Sólo entre ellas se entendían pero no comprendían qué las había hecho dividirse y por qué en cada etapa terrible de sus vidas siempre se encontraba un representante masculino. Cada una de ellas intentaba buscar algo con qué quitarse la vida pero en la habitación no encontraban más que la vieja cama y la almohada tirada a un costado. Era tal la pesadilla que vivían, que la camisa blanca de fuerza que sujetaba a un solo cuerpo no alcanzaba para amarrar cada una de estas voces clandestinas. Todas respiraban el mismo aire, tenían la misma ropa, los mismos recuerdos y el mismo cuerpo. Todas hacían parte de la vida de doña Ana, una vida que se trataba de escapar de sus manos por episodios, a sus 70 años, sin entender bien por qué y sin saber quién había sido el hombre que se había atrevido a encerrarla en ese manicomio desde que su mente se empezó a dividir y todo su ser desvarió, reflejando su desdicha al crear una personalidad múltiple que le permitiera escapar de su terrible realidad, lo que la condujo únicamente al camino de la locura, producto de la infamia y la lujuria de los mismos hombres.

## Cuestión de tiempo

Estaba sentado frente al computador sin ninguna idea importante en su cabeza. El calor impregnaba la habitación de un vapor hostigante que le hacía desesperar y seguir pensando en nada, con excepción de por qué había prendido el aparato electrónico si no tenía ningún tema a tratar ni trabajo que escribir.

Las otras oficinas permitían escuchar el continuo teclear y el constante, y a veces desesperante, sonar de los elementos propios de una empresa tan renombrada, como en la que él trabajaba, donde cualquier momento de descanso era sinónimo de pérdida y el estrés no era nada más que un estado natural en cada uno de los empleados, que como él habían decidido dejar de vivir para someterse al yugo capitalista y consumista sólo por obtener un mayor poder y prestigio— y eso que sin hablar de la esclavitud económica— ante las demás personas.

Este hombre de unos escasos 40 años ya conocía lo que era pisotear al débil, agredir al desvalido, apropiarse de las ideas ajenas, hostigar al que no compartía sus opiniones y corromper a los nuevos empleados que quedaban a su cargo. Este sujeto no conocía otra posición que mandar y actuar conforme le indicaban sus instintos salvajes de gran magnate y empresario.

Al comienzo de su carrera heredada todo era fabuloso: los peones marchaban al ritmo de sus palabras, la ciudadanía giraba en torno suyo, las mujeres se rendían a su paso y ante sus deseos, los niños con tan solo escuchar su nombre se maravillaban, el mundo entero se abría a sus pies y a cada paso que daba alfombras rojas salían ante sus zapatos.

Todo aquello era su sueño, pero este día no estaba de humor para jactarse y regocijarse con todo lo que había formado y mucho menos con tener que aguantarse los lambetazos de cada uno de sus empleados. Este día algo en su cabeza nublaba sus pensamientos normales y acrecentaba su aire de superioridad, el cual le decía que si él había formado a su imagen y semejanza a sus lacayos, él también tenía el poder de decidir lo que podía acontecer desde hoy en adelante con sus vidas. Por eso apagó inmediatamente el computador y se dirigió al cuarto adjunto y, sin siquiera pensarlo, tomó la escopeta que se encontraba en uno de los armarios y unos cuantos cartuchos, diciendo: “Te había reservado para una ocasión especial, la cual parece haber llegado”.

Al salir del cuarto empezó a pintar de rojo la situación y a disparar a mansalva a cada una de las personas que se encontraban en el pasillo. La señora de los tintos murió al instante tras recibir un balazo en la frente, a las tres secretarias las exterminó con certeros disparos en el pecho, al joven mensajero le separó la cabeza del resto del cuerpo mientras reía a car-

cajadas y escupía los cuerpos inertes al tiempo que rezaba y lanzaba blasfemias a la clase trabajadora que se encontraba oprimida bajo su poder. Las personas que iba asesinando no alcanzaban siquiera a gritar y mucho menos a esquivar los misiles que salían de la escopeta con total precisión.

Cuando no hubo quedado nadie en el pasillo se dirigió a la sala de juntas, donde se encontraban varios ejecutivos, que al pretender huir quedaron encerrados en el recinto, indefensos ante el accionar de su jefe.

El primero intentó oponer resistencia y quedó tapizado en la pared, salpicando de sangre a sus compañeros, completamente desfigurado. El segundo se arrodilló ante su presencia pidiendo compasión y recordándole lo bueno que había sido, mientras le mostraba una foto donde se apreciaban sus tres pequeños hijos; su cuerpo fue atravesado por un impacto, la foto quedó tirada en el suelo y un charco de sangre inundó la habitación. El tercero era una mujer, la cual había prestado unas cuantas veces sus servicios al patrono, dejando ver su lujuria y perdición al prostituirse a su manera; esta, a petición de su jefe, se desprendió de su ropa, maquilló su rostro completamente y se acostó en la mesa de reuniones mientras el desquiciado empleador manoseaba cada rincón de su cuerpo con el cañón de la escopeta y perforaba cada una de sus extremidades y su bajo vientre con las balas asesinas. La cuarta persona era otro hombre que había presenciado horrorizado la barbarie, el cual apenas tuvo tiempo de quejarse antes de ser golpeado salvajemente con el arma y haber sido baleado por cinco disparos que acabaron de teñir el suelo del salón. La otra mujer presente fue obligada a colocarse de espaldas al asesino, con la cara puesta contra la pared, siendo fusilada al mejor estilo de una merecida pena de muerte.

No quedando nadie más en el cuarto piso del edificio, descendió por las escaleras y fue disparando contra toda persona que encontró a su paso hasta llegar a la portería de la edificación, donde exterminó al viejo portero, abuelo de una numerosa familia y responsable del hogar que había formado junto a su ya enferma esposa.

Cuando se encontró de frente con la calle, se vio rodeado por decenas de policías, los cuales no hacían otra cosa que apuntarle con sus armas y decirle la ya trillada frase: “Suelte su arma y ponga las manos en alto”. El hombre no les hizo caso y, por el contrario, comenzó a disparar en todas las direcciones. Los policías no tuvieron otra opción que accionar al unísono sus armas y destruir completamente el cuerpo del psicópata: cada pedazo de su piel quedó esparcido por la acera, su cabellera fue a parar bajo un carro policial, uno de sus ojos rodó por una alcantarilla y el otro no pudieron hallarlo. En conjunto, su “cuerpo” presentaba 300 orificios y la sangre coloreaba por completo la pantalla del televisor, dando paso a un sinnúmero de letras que hacían alusión a los actores y extras que habían formado parte de esta masacre actuada.

El niño de seis años bajó el volumen de su mejor amigo y compañero, ante la ausencia de sus padres, y se dirigió a la pieza de sus progenitores, donde abrió un cajón y observó el arma que reposaba entre la ropa interior. Luego de contemplarlo por un espacio reducido de tiempo cerró el cajón con el revólver dentro y se dirigió a la cocina en busca de un sándwich. De pronto, la puerta que daba a la calle se abrió permitiendo ver la llegada de sus padres, quienes sólo se preocuparon por la hora que era y regañaron al pequeño por no haberse ido a la cama.

El niño se fue a acostar sin pronunciar palabra alguna y una vez cerró los ojos recordó los consejos de su fiel amigo el televisor y vislumbró la pistola de su padre en el cajón, pensando: “Mañana, cuando vaya a estudiar, llevaré el arma al colegio y acabaré por fin con ese maldito que tanto me molesta”.

Al día siguiente, en las cercanías al colegio, lo único que se escuchaba, pasada la hora del recreo, eran las sirenas de la ambulancia y la policía que acudían con rapidez al lugar.

Los padres de Miguelito fueron telefoneados por la directora del colegio, la cual les explicó lo sucedido en el salón número 3 de la escuela primaria, donde recibía clases su hijo. La pareja se precipitó en el acto al establecimiento educativo entre sollozos y maldiciones. El escenario era dantesco: Miguelito reposaba en la arena del patio de juegos con un orificio en su cabeza, producido por una bala calibre 38 y el resto de niños lloraban y no salían de su asombro. Más allá otro niño de su misma edad no entendía lo que había hecho al haber disparado contra su amigo, luego que este le mostrara el perro que había matado antes de entrar a clases, aquel que tanto los molestaba y los correteaba hasta que lograban entrar a la escuela.

Los padres de Miguelito no comprendían cómo un niño de tan sólo siete años había hecho tal atrocidad a su hijo y pidieron la peor de las penas para el infante asesino. La policía indagó al pequeño y le dijo que relatara lo sucedido. El “homicida”, hablando algo confundido, relató lo acontecido:

“Miguelito me mostró el perro antes de que sonara el timbre de la escuela y reía contento por lo que había hecho. Toda la mañana, antes del descanso, me miraba y sonreía, parecía como loco, como un loco que yo había visto ayer en la televisión y sentí miedo por lo que pudiera hacer teniendo ese revólver dentro de su lonchera. La maestra decía algo y con cada palabra que pronunciaba más crecía el brillo en la mirada de Miguelito. Una amiga dijo que él la estaba molestando y él se levantó con ira como queriendo matar a todos los demás niños para luego salir de la escuela y enfrentar a la policía que lo estaría esperando. Así que antes que Miguelito hiciera una locura, yo ya sabía lo que tenía que hacer para evitar una catástrofe. Cuando salimos al descanso le dije que me mostrara la pistola con que había matado al perro, y él, orgulloso, me la pasó y sin pensarlo dos veces le disparé y esperé que llegaran ustedes

para contarles cómo salvé a toda esta gente. Y pensar que apenas ayer me vi “Cuestión de Tiempo”, donde un señor mató un montón de gente por no haber habido alguien que se le enfrentara apenas se hubiera despertado ese brillo en sus ojos, justamente en un lugar igual a este, lleno de gente inocente”. “Gracias, televisor, por lo útil y didáctico que eres”.

## No hay marcha atrás

De pronto despertó de ese gran letargo que lo rodeaba, su mente continuaba un poco aturdida por los disparos del 38 largo del dueño de la casa; se miró las manos, los pies y el pecho, para descubrir que no tenía ningún tiro encima; no se explicaba cómo aquel agresor había tenido tan mala puntería para no haberle acertado, luego de encontrarlo robando en su casa en la madrugada de aquel 20 de noviembre de 1999.

Levantó la vista y descubrió que todavía se encontraba en aquella habitación principal, el propietario del inmueble ya no estaba por ningún lado; todo continuaba desarreglado por la rutina de rutina que debe hacer un buen ladrón para no dejar nada de valor y cumplir del todo con su misión. Unos segundos después, luego de pasado el susto, bajó lentamente la mirada para descubrir que su piel se tornaba algo pálida, su vista se nublaba, comenzaba a sudar frío y se sentía en un estado de levitación que no podía explicarse.

No sabía por qué razón le estaba sucediendo todo eso, se preguntaba si sería un castigo de Dios por todos los años de delincuencia que se le iban acrecentando a medida que acumulaba experiencia y años. Se decía a sí mismo: “La próxima vez tendré mucho más cuidado a la hora de planear las cosas”. De repente, miró hacia un costado de la cama y se topó con un cadáver que se hallaba tendido en el suelo. Trató de encender la luz de la pieza, pero el interruptor no respondía a las órdenes de su mano; vio una linterna que se encontraba en su bolsillo, pero no pudo cogerla debido a que sus dedos solamente atrapaban el aire. Elaboraba mil conjeturas para explicarse la procedencia del cadáver, pues antes del desmayo no recordaba haber asesinado a nadie, se preguntaba si en vez de haberse desmayado había entrado en un estado de sonambulismo que no le permitía hacer referencia a lo sucedido después de los disparos, porque esos sí los había visto y escuchado.

Toda la habitación estaba en penumbra y solo se veía la silueta de aquel cuerpo inerte tirado en el piso. Un carro se estacionó frente a la casa con las luces encendidas, iluminando el recinto con tonos rojos y azules; “El zurdo” aprovechó este destello para mirar lo mejor que pudo a la víctima. Descubrió que ésta llevaba en su mano derecha un escapulario de color azul muy similar al que le había regalado su novia (una prostituta que decía cada vez que lo veía: “Solo tengo ojos y cuerpo para ti”), que llevaba los mismos jeans que él tenía puestos, la misma camisa y en su rostro se dejaba ver una cicatriz muy similar a la que él tenía, la cual se debía a riñas en la cárcel. Todo en aquel cuerpo tieso era semejante a él, con excepción de tres orificios que sobresalían, hechos, al parecer, por un arma de fuego, y un charco de sangre que bañaba la totalidad de la habitación.

De imprevisto la puerta de la pieza se abrió bruscamente y entró el dueño de la casa, aquel que le había disparado, junto a un oficial de la policía y a un grupo de personas que, pensó “El zurdo”, se disponían a hacer el levantamiento de aquel cadáver o peor aún de su cadáver. Todos se acercaban al cuerpo mirándolo con detenimiento pero ninguno se percataba de la presencia del joven, parecía como si nadie se diera cuenta de que había alguien más en aquel lugar. Todos hablaban juzgando al muerto, el cual sin poder defenderse solo se limitaba a escuchar la opinión que los demás tenían sobre él y la forma como lo veía y lo hacía a un lado la sociedad con las palabras de los presentes, que hacían alusión a que la muerte de ese delincuente era un bien para los demás ciudadanos.

El muchacho, cabizbajo y con lágrimas en sus ojos, optó de inmediato por aceptar que el cuerpo que se encontraba en el piso era el suyo y que lo que aún continuaba vivo era su espíritu, así que se acostó en la cama y se quedó dormido de inmediato, tratando de semejarse por completo a lo que era su cuerpo.

A los pocos minutos despertó sobresaltado para descubrir que ya no se encontraba en la habitación, que sus manos y todo su cuerpo habían retomado su forma material y que por ningún lado se encontraban rastros del que era su cadáver. Caminó por la calle y miró un periódico que decía la fecha del día: 18 de febrero de 1978. No se explicaba qué había sucedido y por qué aquel periódico le señalaba una fecha pasada, una fecha en la que él no había nacido. De inmediato recordó dónde se encontraba: eran las antiguas calles del barrio que lo vio nacer, un tugurio de la capital en el que solo se veían borrachos y ramera y en el que había que defenderse como león desde pequeño para poder sobrevivir.

Recorrió cada una de las calles del sector hasta que llegó a un sitio bastante conocido para él: la casa de su madre. Al pasar por allí divisó la pelea de una pareja, ella embarazada y él drogado y enfurecido moliéndola a golpes; se acercó un poco más para ver quienes eran y escuchar el por qué de su trifulca.

- Ese niño no es mío, usted es una puta y puede ser de cualquiera con los que usted se acuesta – dijo aquel hombre.
- ¿Cómo que no es suyo? ¿Qué le pasa? Y yo no soy ninguna puta.
- A mí no me achaque sus descaros, yo me voy de aquí y ni crea que voy a responderle, más bien me voy con mis amigos de traba a volverme bien loco.

El hombre se largó del lugar y la mujer quedó llorando mientras entraba en la casa. “El zurdo” quedó estupefacto al ver que aquella mujer era su madre y que aquel niño que llevaba en su vientre bien podría ser él. Continuaba confuso y no entendía nada, no se explicaba lo de las fechas y mucho menos qué había pasado con lo ocurrido en la habitación.



Trató de dirigirse hacia la casa de su madre, pero sus piernas no respondían. De inmediato observó que la puerta de la casa se abría nuevamente y que salía de ella un pequeño niño de unos cinco años de edad, quien cerraba la puerta bruscamente. Ésta se abrió de nuevo y salió su madre con un palo con el que le propinó un fuerte golpe en la cabeza al chiquillo. “El zurdo” quería hacer algo por evitar el maltrato físico al que era sometida la criatura, pero sus piernas continuaban sin funcionar. La madre se dirigió hacia el niño, quien se encontraba sangrando y llorando y le dijo:

–¡Largate de la casa así como lo hizo tu papá!, ¡Vos solo me has traído problemas! ¡Maldita sea haberte parido!, ¡no debiste haber nacido nunca!

Al escuchar estas palabras, “El zurdo” recordó que eso ya lo había oído antes y que aquel niño maltratado era él, unos años atrás. Mientras estuvo parado frente a la casa vio que ese niño era golpeado constantemente y que sufría abusos de todo tipo, que todo se presentaba ante él como una novela ya vista y que se acordaba paso por paso de estos maltratos y atropellos propinados por su madre.

–¡No cabe duda, todo esto que veo no es más que mi vida pasada! – aseguró firmemente el joven, y no tuvo más remedio que observar y recordar.

El niño iba creciendo en cuestión de minutos y se pasaba la mayor parte del tiempo fuera de la casa para evitar los ataques de su madre.

“El zurdo” veía que el niño ya tenía ocho años y que los amigos que lo rodeaban no eran ningunos santos. Se dio cuenta que poco a poco el pequeño aprendía a fumar y a consumir cualquier tipo de alucinógenos, lo que lo llevaba a rememorar la forma en que entró al consumo de drogas y sustancias para evadirse del mundo que le había tocado vivir. Llegaba muy tarde a su casa y siempre le esperaba una golpiza de su madre, la cual casi ya ni sentía debido a la costumbre y al efecto de las drogas.

El tiempo transcurría rápidamente ante sus ojos y no se podía explicar lo que estaba viviendo. Un día llegó un tío del niño (por edad más no por mundo) el cual se quedó un tiempo con ellos. Las lágrimas de “El zurdo” bañaron sus ojos al recordar aquel pasaje de su vida reflejado en aquella criatura: el tío abusó frenéticamente de él con el consentimiento de su madre, quien miraba de soslayo la escena mientras lavaba en el patio. El niño lloraba y su mente se iba llenando de malos pensamientos y perversiones debido a que el mundo no era justo con una criatura de su edad, al no poderse explicar el por qué de todo el mal que lo rodeaba.

La impotencia de “El zurdo” era tal que sus ojos estaban rojos y su cuerpo echando humo, maldecía, lloraba, sufría en silencio, se quería ir de aquel lugar, pero sus piernas y el resto de su cuerpo no le respondían.

Cada minuto era un infierno y cada pasaje de su vida era más desastroso que el anterior. Vio cómo se iba de la casa a sus escasos nueve años y cómo volvía después de un tiempo a vengarse de su madre; observó la forma en que se sumía en el mundo de las drogas, el vandalismo, la prostitución, los bares, la sangre, la violencia y el robo; repasó de nuevo cada día que pasó en la cárcel a sus 18 años por la muerte de un tío que supuestamente lo había violado (eso dijo la policía, “supuestamente”), vio cómo golpeaba a las mujeres y cómo había abandonado a una muchacha de 13 años, la cual esperaba un hijo suyo, repitiendo la historia de su padre. Visualizó el mundo al cual pertenecía, un mundo sin educación, de dineros calientes, de mujeres bajas y de un estado nada comprometido para con la gente de su calaña; vio todo, entendió cómo los maltratos propinados por su madre y todos los que estuvieron cerca suyo repercutían sobre la persona que se fue formando, cómo él pagaba con la misma moneda a quienes lo querían. Comprendió que el cariño que le dio el mundo en su infancia era el mismo que él impartía en su estado de juventud y se preguntó qué hubiera sido de él, de este joven, si hubiera recibido un poco de cariño, de cuidados y atenciones de su madre, qué hubiera pasado si su padre no se hubiera ido, cómo sería su vida hoy en día si alguien se hubiera preocupado por él de verdad.

Maldecía cada día de su vida, intentaba moverse e irse, quería morir. De repente, sus piernas le respondieron, su cuerpo volvió a ser suyo; corrió hacia dentro de la casa en busca de alguien, en busca de él mismo, pero no encontró nada, solo las ruinas de una casa que siempre había estado arruinada; recordó que su madre había muerto asesinada, quizá por él, y que el muchacho al que buscaba se había ido, se había marchado rumbo al ocaso de su perdición.

Salió de la casa y corrió con todas sus fuerzas hasta toparse con una tienda de revistas en donde estaba el periódico del día, el vendedor lo miró pero no lo vio, no podía verlo. Observó la fecha y ésta decía: Noviembre 20 de 1999.

Corrió de nuevo, esta vez en busca de la casa donde se había llevado a cabo su muerte; recorrió cada calle, pero no podía hallarla. Por fin, luego de una larga búsqueda, se topó de frente con una cuadra en donde se encontraban estacionadas varias patrullas de la policía y otra serie de autos relacionados con el levantamiento de cadáveres. Era ya de madrugada y había gran cantidad de gente contemplando la situación y hablando acerca de lo sucedido.

“El zurdo” llegó justo cuando sacaban el cuerpo inerte de la casa, intentaba hablar y preguntarle a alguien por lo sucedido, pero nadie lo escuchaba, parecía que para los demás él no

existía. Se acercó al muerto y vio que se trataba de él mismo, víctima de tres tiros alrededor del cuerpo. Nadie lloraba, nadie se compadecía del difunto; todos aclamaban como héroe al propietario de la casa, para todos se había limpiado un poco la sociedad con esta muerte. Nadie se compadecía del muerto y poco les importaba quien sería, todos sonreían por la muerte del ladrón y a nadie le importaba si habría alguna persona sufriendo por el deceso de aquel joven de escasos 20 años, puesto que para todos el dueño de la casa había hecho lo correcto.

Solo una persona sollozaba, pataleaba, maldecía, blasfemaba y vociferaba: solo una persona se arrepentía por la suerte corrida por “El zurdo”, solo una persona deseaba volver a vivir, volver a la infancia, volver a nacer, apreciar la vida, reformar su pasada conducta, haber tenido una mejor suerte de niño; solo una persona vivía su propio infierno en las huestes de la muerte, solo “el zurdo” se arrepentía de la vida que le había tocado soportar en el cruel mundo donde no hay marcha atrás.

## Toma asiento, Juan

Estoy sentado en esta vieja taberna, bebiendo el último trago de coñac que queda en el vaso y sintiendo la soledad que se refleja en el asiento que tengo en frente, totalmente vacío. Estoy mirando a la gente que pasa por fuera de la ventana, que permite ver la calle, exterior a este lúgubre lugar. Me encuentro pensando e imaginando cómo hubiera sido mi vida si hubiera hecho todo lo que dejé de hacer y me hubiera atrevido a realizar todas aquellas ideas descabelladas que pasaban por mi cabeza cuando aún era joven.

Me veo el rostro que medio se refleja en el vidrio y no encuentro mi cara, simplemente vislumbro a un hombre mayor lleno de arrugas, con el pelo encanecido, con la sonrisa ausente y el corazón y las ganas de vivir poco presentes. Trato de asimilar qué fue lo que me pasó; pretendo ahogar mis penas en el licor y darme la mayor felicidad posible, en los vicios de un anciano, con el poco dinero que me queda. Intento encontrar en qué momento de mi vida todos mis proyectos, sueños y esperanzas se fueron a pique. Pero encuentro como respuesta siempre lo mismo: nada.

Volteo el rostro y sólo veo un puñado de borrachos, como yo, que se agolpan en las mesas y en la barra del lugar; levanto un poco la vista y aprecio la belleza de la única mujer que se ha atrevido a hablarme en años: una cabaretera gorda y fofa que me mira mientras se quita las prendas y desciende del escenario para ofrecerme más y más licor. Yo acepto sin oponerme.

Todo es un caos dentro y fuera de mí; todo se torna opaco, como si alguien hubiera apagado el foco de las ideas que fluían frecuentemente de mi cabeza. Vivir es una utopía y no encuentro nada que le dé sentido ni rumbo a lo poco que me queda de vida. Intento imaginar posibles soluciones y explicaciones, pero nada, no encuentro nada.

De un momento a otro volteo de nuevo la cabeza, pero esta vez en dirección a la puerta, y lo veo allí, parado con el sombrero que siempre lo acompaña, con sus guantes de piel, con su gabardina que le llega hasta las rodillas y con su cara que me mira sin verme cada vez que mueve la cabeza buscando donde sentarse.

Al verlo todos mis problemas desaparecen por un momento y a mi mente vuelven aquellas situaciones pasadas que creía olvidadas. De repente todos mis pensamientos, que se encontraban ausentes, retornan a su sitio y me llevan de nuevo a mi época de muchacho, cuando aún tenía la fuerza y las ganas de dominar el mundo a mi gusto. Ese hombre que se encontraba parado junto a la puerta había despertado en mí un rencor que creía muerto y me conducía poco a poco a imágenes del pasado: cuando lo había visto por primera vez acompañado de su hermana.

Yo estaba enamorado frenéticamente de ella al igual que ella de mí. Yo adoraba todo lo de su familia y hasta había aprendido a estimarle y respetarle. Yo, que me encuentro en esta mesa observando cada uno de sus movimientos mientras llevo cada vez con menos gracia el vaso de licor a mi boca, ocasionando que mis neuronas se enloquezcan con cada gota del maldito líquido que las toca. Yo que por culpa de ese hombre había perdido todo lo que me hacía feliz y por ende las ganas de seguir luchando por la vida, por una vida que a partir del momento en que lo conocí se esfumó para siempre, me encuentro ideando la manera de devolverle todo el daño moral y espiritual que me ha causado.

Él no pudo resistir que yo fuera feliz al lado de su hermana, él no soportó que ella, su única hermana, se hubiera fijado en mí; él no aguantó vernos contentos, abrazados el uno al otro, ni mucho menos presenciar cómo cada día que pasaba nuestro amor era más grande; él se murió de celos, de envidia o qué se yo, el hecho es que nunca le agradé y mucho menos nuestra encantadora relación.

Empezó a llenarle la cabeza de mentiras, a inventarle cuentos y a poner palabras en mis labios que nunca habían existido ni en mi pensamiento siquiera; aquel hombre que hoy había llegado a parar al mismo sitio donde se unen los perdedores en el juego de la vida y donde una vez que se entra no hay posibilidad de dar marcha atrás, ese hombre se había cagado en mi vida haciendo que la única mujer que de verdad he querido haya terminado por odiarme y olvidarme, casándose con un tipo adinerado pero poco romántico y mucho menos enamorado, estaba entrando al ocaso de su existencia justo ante mi presencia y ante la de muchos más a los que nada les interesaba su situación.

El hombre del sombrero, los guantes de piel y la gabardina hasta las rodillas que antes hablaba de sus grandes hazañas, de sus conquistas, del sexo opuesto y de su frialdad al referirse a las demás personas, había sido golpeado por la vida, quizá con el otro costado de la moneda que me había tocado a mí. Le había figurado pagar por haber arruinado mi vida y quién sabe la de cuántos más. La vida se había encargado de cobrarle por sus malas acciones para conmigo y ella lo había llevado al mismo sitio donde yo reposaba con mi vaso de coñac, con mi vista borrosa y con mis penas regadas por doquier.

Pasaron unos segundos desde que el hombre entró al lugar y buscaba con la mirada dónde sentarse, pasaron unos minutos cuando notó mi presencia y se quedó mirándome fijamente a los ojos. En mi rostro se reflejó una sonrisa como la que hace mucho tiempo no sentía adornando mi cara, mis ojos brillaron como en los viejos tiempos, mi ser se iluminó de nuevo, aunque comprendía bien que era pasajero; en fin, tomé un segundo aire momentáneo que se fue diluyendo a medida que el hombre mantenía su mirada contra la mía.

Él puso su sombrero y su gabardina en la percha y se disponía a sentarse frente a la barra junto a la bailarina gorda; se disponía a pedir una botella entera de coñac para él sólo y se encaminaba a pasar por las situaciones difíciles que yo había vivido y a tratar de olvidar su pasado aunque fuera momentáneamente con la ayuda de nuestro “viejo amigo” el licor. De repente miré el asiento que tenía enfrente y la soledad que sobre él reposaba, así que no me pregunten por qué, me levanté de mi lugar, pedí otra botella y grité su nombre diciendo:

- Toma asiento, Juan.